

El sol comenzaba a ocultarse por poniente cuando nuestro avión tomo contacto con las pistas del aeropuerto internacional de Luxor, llegando así por fin a territorio egipcio en aquel lunes de mediados de verano. Estábamos alcanzando por fin nuestro destino, dispuestos a sumergirnos en un viaje gracias al cual conoceríamos la tierra de los faraones, un viejo sueño que por fin comenzaba a realizarse.

Todo comenzó cuando decidimos por fin cumplir nuestro anhelo de visitar Egipto. Nos habían hablado muy bien de los maravillosos Templos de Abu Simbel y el impactante espectáculo de «luz y sonido» que se podía disfrutar delante de estos, del precioso amanecer, de los espectaculares cielos estrellados y del relajante navegar por el Nilo. Era una opción más que apetecible que no podíamos, ni queríamos, dejar escapar.

Tras mucho debatir nos decidimos por contratar un viaje combinado con una extensión de ocho días,

# Crónica de Faraones

tomando el clásico viaje a Egipto de cuatro noches de crucero por el Nilo en pensión completa y tres noches de estancia en El Cairo en régimen de alojamiento y desayuno. El nombre del programa en cuestión era «Abu Simbel Mágico» y era de Image Tours, la mayorista especializada en viajes a Egipto.

Y así, tras todos aquellos preparativos, fue como aterrizamos en ese maravilloso país. Nuestro primer contacto con Egipto vino de mano del contraste de culturas... Nos topamos con una gente mucho más calida, una sociedad caótica y organizada a la vez, en la que el contacto humano es mucho más próximo en cada uno de sus aspectos. Un

calor humano que se convertiría en uno de los aspectos más gratificantes del viaje.

Después de ese primer contacto nos trasladaron al embarcadero a orillas del Nilo, donde encontramos el barco en el que íbamos a realizar el crucero. Tras conocer al simpático guía, nos acomodamos en nuestras cabinas.

Para aprovechar nuestro tiempo optamos por bajar a dar un paseo por la ciudad de Luxor, metiéndonos de lleno y sin apenas percatarnos en medio del ajetreado bullicio de un mercado, bullicio que fue intensificándose según avanzaba la noche.

Tras pasear largo rato decidimos relajarnos de aquel hervidero de emociones en un café al aire libre, donde nos llamó la atención el hecho de que los clientes fumaban lo que parecía una especie de pipa de agua. Sin dudarlo quisimos satisfacer nuestra curiosidad tomándonos un té y fumándonos una «shisha», nombre por el que se conocía al instrumento en cuestión.

Esta tranquilidad vino sustituida los días siguientes por una actividad frenética a causa de la gran cantidad de monumentos y lugares que se pueden y se deben visitar. Los templos de Karnak y de Luxor, el Valle de los Reyes, el valle de las Reinas, el templo de Hatshepsut, los Colosos de Memnón... la que fue la capital del Imperio Nuevo del antiguo Egipto albergaba un tesoro en casi cada rincón, un pozo inacabable de misterios y cultura que nos dejaba maravillados en cada una de las visitas que realizábamos.





Continuamos navegando hasta Edfú, ciudad situada en la ribera occidental del Nilo, pasada la esclusa de Esna, y allí seguimos en calesa para visitar el Templo de Horus, que según nos dijeron era el mejor conservado de todo Egipto, tras lo que regresamos a bordo para continuar hasta Kom Ombo y visitar otro templo de la época ptolomeica dedicado a los dioses Sobek y Haroeris.

Al salir de la visita, tuvimos la opción de comprar «galabeyas» y otros abalorios para la fiesta de disfraces que nos habían comunicado se celebraría esa misma noche en el barco, y una vez bien equipados para el evento fuimos a una terraza que encontramos al lado del Nilo, donde un grupo bailaba al son de una preciosa música nubia. Allí tomamos un respiro antes de regresar al barco y dirigimos a Aswan, el que sería el final de nuestro crucero.

Al día siguiente fuimos trasladados desde Aswan por carretera hasta la hechizante Montaña Pura para encontrar aquellos templos excavados en la roca. Me quedé sin habla al llegar frente a los colosos de Abu Simbel, una imagen sobrecogedora, que aunque hayas visto cientos de veces en fotos y documentales, consigue que te sientas pequeño e insignificante. Una sensación que se completó al entrar en el templo de Ramses II, un lugar maravilloso que parece haber sido creado para perdurar siempre.

Finalmente llego la noche y con ella el bello espectáculo de luz y sonido. Completamente de noche, nos hallábamos sentados bajo el impresionante cielo estrellado



del desierto cuando comenzó a sonar una música y los templos comenzaron a iluminarse... Una grabación comenzó a relatar

toda su historia hasta nuestros días, utilizando los templos como pantalla de diapositivas con unos efectos de luz preciosos. Una vez terminada esta inolvidable experiencia, dimos un nuevo paseo para fotografiar los templos. Al terminar nuestra visita, regresamos por carretera a Aswan para pasar la noche en el barco.

Al día siguiente partimos en avión hacia El Cairo, el destino que nos faltaba y del cual tantísimo habíamos oído hablar. Cuando llegamos al aeropuerto de El Cairo, otro representante nos estaba esperando y fuimos directamente al hotel situado en pleno centro de la inmensa ciudad. Tras cenar nos fuimos a dormir, a la espera del siguiente día lleno de emociones, y es que Cairo no es para menos,

repleta de ese bullicio constante, de noche y de día como si la ciudad no durmiera.

Así los dos días restantes, mientras disfrutábamos de El Cairo, nos dirigimos a visitar las fabulosas pirámides de Keops, Kefrén y Mikerinos en Giza, tres prismas que parecen surgir del desierto para ser contempladas en toda su grandeza, no en vano una de las siete maravillas del mundo antiguo. Una majestuosa visión que nos maravilló aun más de lo que esperamos, junto a la Esfinge con su sinuoso cuerpo de león. Aquellas visitas nos dieron mucho que hablar durante los ratos que pudimos disfrutar en El Cairo, visitando locales en los que nos relajábamos con una Shisha e incluso en ocasiones, contemplando una bella danza del vientre.

Pero sin remedio lo inevitable llegó, el día de vuelta, a los 8 días de haber salido de España. Fue difícil dejar todo aquello atrás, pero todos los hicimos con una clara convicción: Aquella no sería la última visita a Egipto.

Desde 649 €

